

San José, Costa Rica

— 10 de Octubre de 1912 —

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año II

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 43

Recordando a Ferrer

La especie humana es una, y se solidariza cada día más con el fin de asegurar a todos sus individuos, a través de todas las épocas y de todos los países, el goce de todos los bienes naturales, lo mismo que el producto del pensamiento, del estudio, del sentimiento, de la observación, del método y del trabajo de todos los pensadores y trabajadores del mundo. Mas a pesar de la verdad y la justicia de tales principios y de tales propósitos, todos los trastornos, transformaciones y revoluciones que consigna la historia no han podido aún arrancar de cuajo la raíz de la desigualdad.

¿Qué hacer para que la evolución progresiva no se desvíe una vez más y siga su curso natural, produciendo todos los bienes que legítimamente pueden esperarse de ella? Reconozco cuanto bueno haya podido haber en el fondo del pensamiento y del sentimiento de todos los reformadores e innovadores que se han determinado a trabajar por el bien social en la forma que han sentido y comprendido, pero juzgo que la Escuela Moderna resuelve definitivamente el problema, planteando la enseñanza racional, según la cual no debe haber y no habrá pactos con el error, ni tampoco convencionalismos que protejan prebendas heredadas ni alcanzadas por la ambición y la osadía a costa de la prolongación de los sufrimientos de la plebe de los siglos.

El nombre de enseñanza racional, no sólo se justifica por sí mismo, por

cuanto indica que se halla conforme con la razón, sino que revela que hay otra enseñanza que no es racional, es decir, que pugna con la razón.

En este punto el idioma es terminante: todo lo que no está conforme con la razón es irracional, y lo irracional no ha de hacer estado en nuestro entendimiento. Siendo la razón árbitra entre lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo verdadero y lo falso, la enseñanza racional capacita a la infancia de ambos sexos para constituir generaciones humanas dispuestas a distinguir el bien del mal, a mantener el fiel entre la iniquidad y la justicia, a separar la verdad del error.

En buena economía social es preciso poner en perfecta concordancia lo que se cree con lo que se sabe. No más conflicto entre la religión y la ciencia, y si le hay, mal para la religión, porque lo que se sabe por principios ciertos y evidentes ha de prevalecer eternamente.

Si la tradición, la rutina y la fe sostienen una teogonía que luego resulta negada por la observación, el estudio y la experiencia, llamemos las cosas por su nombre: lo uno será error, o mentira, que es peor, y aplicado a la infancia con separación de sexos, será la enseñanza convencional, forma hipócrita de la ignorancia sistemática, la que fomenta esas masas de vulgo que suministra creyentes para los dogmas, fanáticos para la idolatría, víctimas y cómplices para la explotación; lo otro será verdad ma-